

A tall, dark wooden cross stands on a rocky hillside. The cross is made of two dark wooden beams, with a smaller cross at the top. The base of the cross is surrounded by a pile of rocks. The background is a cloudy sky. The title 'PENSAR LA TRADICIÓN' is written in large, red, serif capital letters across the upper part of the image. Below the title, the subtitle 'HOMENAJE AL PROFESOR JOSÉ LUIS ALONSO PONGA' is written in smaller, black, serif capital letters. In the center of the image, the names of the editors are listed: 'Editores: Joaquín Díaz, Salvador Rodríguez Becerra y M.ª Pilar Panero García'.

PENSAR LA TRADICIÓN

HOMENAJE AL PROFESOR JOSÉ LUIS ALONSO PONGA

Editores: Joaquín Díaz,
Salvador Rodríguez Becerra
y M.ª Pilar Panero García

PENSAR LA
TRADICIÓN

HOMENAJE AL PROFESOR JOSÉ LUIS ALONSO PONGA

Pensar la tradición : homenaje al profesor José Luis Alonso Ponga / Joaquín Díaz, ed. lit., Salvador Rodríguez Becerra, ed. lit., Pilar Panero García, ed. lit. – Valladolid : Ediciones Universidad de Valladolid : Fundación Centro Etnográfico "Joaquín Díaz", 2021

984 p. ; 24 cm. – (Sociología - Universidad de Valladolid ; 17)
ISBN 978-84-1320-117-7

1. Etnología – Discursos, ensayos conferencias 2. Alonso Ponga, José Luis – Discursos, ensayos conferencias I. Díaz, Joaquín, ed. lit. II. Rodríguez Becerra, Salvador, ed. lit. III. Panero García, Pilar, ed. lit. IV. Alonso Ponga, José Luis, homenaje V. Universidad de Valladolid, ed. VI. Fundación Centro Etnográfico "Joaquín Díaz", ed. VII. Serie

PENSAR LA TRADICIÓN

HOMENAJE AL PROFESOR JOSÉ LUIS ALONSO PONGA

Editores: Joaquín Díaz,
Salvador Rodríguez Becerra
y M.^a Pilar Panero García



EDICIONES
Universidad
Valladolid

Editores: Joaquín Díaz,
Salvador Rodríguez Becerra
y M.^a Pilar Panero García

Diseño y maquetación:
Luis Vincent

ISBN: 978-84-1320-117-7
Depósito Legal: VA-262-2021

Esta edición es de libre distribución, siempre que se respete en formato y contenido como conjunto íntegro y se nombre la fuente original, tanto edición como autoría, si se cita en otras publicaciones.

Motivo de la cubierta: fotografía de Ángel Marcos.
Cruz de Foncebadón en el Camino de Santiago (León)

© de la edición:
Ediciones de la Universidad de Valladolid
y Fundación Joaquín Díaz

Fundación Joaquín Díaz • 2021

Publicaciones

funjdiaz.net



Este libro está sujeto a una licencia "Creative Commons Reconocimiento-No Comercial – Sin Obra derivada" (CC-by-nc-nd).



Fotografía: Ángel Marcos

PRESENTACIONES

AGRADECIMIENTOS

TABULA GRATULATORIA

INTRODUCCIÓN

I. LA LABOR CIENTÍFICA Y CULTURAL DEL PROFESOR ALONSO PONGA

Bio-bibliografía del Prof. Dr. José Luis Alonso Ponga.....	41
M. ^ª PILAR PANERO GARCÍA	
Uno sguardo verso l'Italia, una porta verso la Spagna. Un aspetto dell'attività scientifica di José Luis Alonso Ponga.....	55
FRANCESCO FAETA	
Aciertos y Logros: José Luis Alonso Ponga, la Cátedra de Estudios sobre la Tradición y el Centro Internacional de Estudios sobre de la Religiosidad Popular en el Mundo Hispánico transmarítimo.....	67
A. GABRIEL MELÉNDEZ	
Revisión del estudio antropológico de José Luis Alonso Ponga sobre religiosidad popular navideña en Castilla y León.....	89
SECUNDINO VALLADARES	

II. LA CULTURA TRADICIONAL EN CASTILLA Y LEÓN

Nubes y campanas: bajo el signo del <i>signum</i>	119
JOAQUÍN DÍAZ	
Las campanas y los toques históricos de la Colegiata de San Antolín de Medina del Campo.....	133
ANTONIO SÁNCHEZ DEL BARRIO	
Comidas rituales de tipo religioso en el ámbito rural leonés.....	149
JOSÉ LUIS PUERTO	
La explotación de la sal en Villafáfila (Zamora): las raíces prehistóricas de una actividad tradicional.....	167
GERMÁN DELIBES DE CASTRO, ELISA GUERRA DOCE, FRANCISCO JAVIER ABARQUERO MORAS Y ELÍAS RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ	
Cuestión de maquilas: diferencia entre molino y fábrica de harinas.....	187
JAVIER REVILLA CASADO	
Viaje por Tierra de Campos: Donde habita el silencio. A propósito de unas <i>Jornadas Literarias</i> acontecidas en 1959.....	207
JESÚS ÁLVARO ARRANZ MÍNGUEZ Y ALICIA GÓMEZ PÉREZ	
Valdejimena: narración sobre la romería tallada por un pastor en una cuerna de pólvora.....	235
CARLOS PIÑEL SÁNCHEZ	
Los Oteros (León). Onomástica y arqueología.....	259
TOMÁS MAÑANES PÉREZ	
Por tierras maragatas de la mano de un antropólogo leonés.....	277
MARÍA LAURA CASANUEVA	
Las redes sociales como herramienta para entender los procesos de patrimonialización social en paisajes cotidianos: el municipio de Valderas (León) en Instagram.....	295
DANIEL HERRERO LUQUE Y EUGENIO BARAJA RODRÍGUEZ	

III. RITUALES Y RELIGIOSIDAD

El cuidado de la salud en los inicios del cristianismo	327
DAVID ÁLVAREZ CINEIRA	
Un siglo convulso. La Semana Santa de Zamora entre 1751 y 1850.....	347
FLORIÁN FERRERO FERRERO	
La fiesta de San Juan en la ciudad de Valladolid.....	373
ELISABET FERNÁNDEZ GONZÁLEZ	
«Portavano pitture della disgrazia sofferta». Divagazione sulle continuità e sulle trasformazioni degli exvoto figurativi.....	401
IGNAZIO E. BUTTITA	
Un ponte dalla materia verso l'eterno	431
LUIGI MARIA LOMBARDI SATRIANI	
Sanctuaries and Animals in Southern Italy. Insights into «Rural Devotions»	459
LAURA CARNEVALE	
Los disciplinantes de San Vicente de La Sonsierra: la supervivencia de un ritual	475
JULIO GRANDE IBARRA	
Trasformazioni socio-antropologiche e secolarizzazione: il caso italiano (1957-2019).....	493
ROBERTO CIPRIANI	
Un libro de autoayuda en la Roma clásica: la muerte en <i>Las cartas a Lucilio</i> de Séneca.....	507
DAVID PUJANTE	
¿De quién hablan las campanas? Diálogo entre las cosas de la antropología y la antropología de las cosas.....	519
PEDRO GARCÍA GONZÁLEZ	
Arte y artistas en la Iglesia. Itinerarios formativos	541
MONS. JOSÉ MANUEL DEL RÍO CARRASCO	
Recorrido etnográfico por el curanderismo y la hechicería entre campesinos amakhuwa de la costa de Mozambique.....	565
LUIS ALBERTO GÁRATE CASTRO	

IV. ANTROPOLOGÍA SOCIAL Y PATRIMONIO

La construcción de imaginarios sobre y desde América Latina	607
ISIDORO MORENO	
Demologia, mondo contadino e scontro di classe negli anni '70 del Novecento in Calabria (Italia)	627
ANTONELLO RICCI	
La profesionalización de la antropología en el ámbito del patrimonio cultural.....	641
ELOY GÓMEZ PELLÓN	
El giro antropológico de 1992 visto a través de la etnografía sobre (re)migrantes nipobrasileños en Japón.....	667
CHRISTIANE STALLAERT	
Las manifestaciones representativas del Patrimonio Cultural Inmaterial en el marco de la Ley de Salvaguardia del PCI 10/2015: valores y motivos de su declaración	683
MARÍA PÍA TIMÓN TIEMBLO	
Las <i>fachas</i> de castelo (Taboada-Lugo). Una fiesta entre la tradición y la reinención.....	699
XOSÉ MANUEL GONZÁLEZ REBOREDO	
El vino en las fiestas populares de Andalucía. Reflexiones históricas, sociales y culturales.....	717
SALVADOR RODRÍGUEZ BECERRA	
La elaboración tradicional del vino en la subregión de Vidigueira, Alentejo (Portugal).....	749
LUIS VICENTE ELÍAS PASTOR	
La distintividad de algunos tipos de fuentes documentales: diacronía y «discurso preetnográfico» (ss. XVI-XVIII)	767
JAVIER MARCOS ARÉVALO	
Noticia de la más extraña y desconocida forma de improvisación poética que hay en España: el ovillejo	789
MAXIMIANO TRAPERO	
La cuestión social en el teatro finisecular español. Paradigmas de análisis.....	809
CONCHA FERNÁNDEZ SOTO Y FRANCISCO CHECA Y OLMOS	
Arquitectura autóctona de los dènè del río Mackenzie (Canadá).....	833
CARLOS JUNQUERA RUBIO	

Solidaridad y compromiso voluntario. Continuidad y cambios en la acción voluntaria	851
JOSÉ LUIS IZQUIETA ETULAIN	
La memoria, testimonio de un trágico episodio minero	865
ALFONSO GARCÍA RODRÍGUEZ	
Desafíos, iniciativas y repercusiones de la reciente actividad musical de migrantes en Roma	875
ENRIQUE CÁMARA DE LANDA	
La polémica Boas-Heye a propósito del Museum of the American Indian. La museología antropológica a debate	895
MARÍA JESÚS PENA CASTRO	
Migajas de antropología comparada: herencias mesopotámicas del <i>Ināma ilu awīlum</i> en la conformación del concepto ἄνθρωπος y en las narraciones antropogónicas griegas	913
ALFONSO VIVES CUESTA	
Investigaciones y debates en torno a las recreaciones históricas.....	951
CARLOS BELLOSO MARTÍN	

ARTE Y ARTISTAS EN LA IGLESIA. ITINERARIOS FORMATIVOS

ART AND ARTISTS IN THE CHURCH. FORMATIVE PATHS

MONS. JOSÉ MANUEL DEL RÍO CARRASCO

Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos, Vaticano

RESUMEN

La Iglesia ha usado siempre el arte para su misión evangelizadora, ya que su lenguaje es idóneo para transmitir su mensaje de salvación a los hombres. Para ello, los artistas han de ser formados convenientemente sobre la especificidad del arte sacro y su finalidad.

PALABRAS CLAVE: Arte, artistas, arte sacro, Iglesia, evangelización, diálogo.

ABSTRACT

The Church has always used art for its evangelizing mission, since its language is suitable for transmitting its message of salvation to men. For this, artists have to be properly trained on the specificity of sacred art and its purpose.

KEY WORDS: Art, artists, sacred art, Church, evangelization, dialogue.

1. EL DIÁLOGO IGLESIA Y ARTE

1.1. LAS RAZONES DEL DIÁLOGO

La opción por el arte destinado a la misión de la Iglesia acompaña toda la historia de la comunidad cristiana, si bien con un recorrido a veces difícil y atormentado. La Iglesia, declarándose «experta en humanidad» (Pablo VI, Carta encíclica *Populorum Progressio* [30 de diciembre de 1987], 13: «Christi ecclesia, iam rerum humanarum peritissima»), en todas las épocas ha favorecido a las artes liberales sosteniendo, al mismo tiempo, la

búsqueda filosófica para predisponer el camino sapiencial tanto en la vertiente estética como en la teórica, con vistas a la reflexión teológica y a la ascesis religiosa. Este empeño se viene realizando por parte de la comunidad cristiana para hacer que el hombre sea consciente de su anhelo hacia lo divino y de su vocación a la santidad.

Por consiguiente, el arte, en el contexto eclesial, favorece a la formación de la sabiduría cristiana. Este encuentra expresiones privilegiadas en el culto, la cultura, la catequesis, la caridad. En efecto, «cuando la Iglesia se sirve del arte para apoyar la propia misión, no es solo por razones de estética, sino también para obedecer a la *lógica* misma de la revelación y la Encarnación» (Juan Pablo II, *Discurso a la I Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia* (12 octubre 1995), en *L'Osservatore Romano*. Edición española (20 de octubre de 1995) p. 12).

El lenguaje de las artes es, en efecto, un lenguaje universal, total, epifánico, teofánico, diacrónico, ontológico, pentecostal. *Universal*, ya que, vencida la ignorancia en la decodificación de los contenidos, todos pueden experimentar el mensaje catártico de la belleza. *Total*, en cuanto revela la armonía trascendental del ser que alcanza el resplandor de las formas. *Epifánico*, ya que manifiesta las cosas en el acto de ser y no sólo en la apariencia fenoménica, dirigiendo la fruición hacia el resplandor en su sustancialidad. *Teofánico*, en cuanto lleva a liberarse del velo del pragmatismo contingente para acoger el fulgor de la revelación divina. *Diacrónico*, ya que narra la historia en sus diversos estilos culturales, a través de los cuales se anuncia cómo es irreducible el «parámetro interior». *Ontológico*, en cuanto que expresa al ente en su plena y perceptible inteligibilidad intrínseca y extrínsecamente fundada. *Pentecostal*, ya que abre al éxtasis místico y empuja hacia el servicio desinteresado.

Las artes en su valor liberal adquieren la función «de elevar el espíritu, a través de la viveza de la representación estética, a un ideal intelectual y moral, que supera la capacidad de los sentidos y el campo de la materia, hasta elevarlo hacia Dios, Bien supremo y Belleza absoluta, del que deriva todo bien y toda belleza» (Pío XII, *Alocución L'essenza, la missione, i pericoli della nobile e delicata arte drammatica* (26 de agosto de 1945), en: *Discorsi e Radiomessaggi VII* (1945-1946) p. 153-157). Estas, por lo tanto, tienen relación con la belleza divina, de modo que son instrumentos privilegiados para anunciar el Evangelio ayudando al hombre a seguir el anhelo religioso. En efecto «la función de cada una de las artes consiste en quebrantar el cerco estrecho y angustioso de lo finito, y en abrir una ventana a su espíritu anhelante hacia el infinito» (Pío XII, 1945).

Los artistas, por consiguiente, cumplen en la Iglesia una función ministerial, en cuanto que la ayudan «a traducir su mensaje divino en el lenguaje de las formas y de las figuras, a hacer sensible el mundo invisible» (Concilio Ecuménico Vaticano II, *Nuntii qui-*

busdam hominum ordinibus dati, *Aux artistes* (8 de diciembre de 1965). Las expresiones artísticas, en tal sentido, devuelven resplandor a la creación prefigurando la «gloria de Dios», representando el Evangelio en los areópagos de las diversas culturas con la fuerza expresiva de la belleza, le ofrecen a Dios un culto «en espíritu y verdad» incentivando las potencialidades creativas del hombre. (Concilio Ecuménico Vaticano II, 1965).

La Iglesia, por su parte, debe prepararse para animar a los artistas compartiendo con ellos el valor de la fe y la misión de la evangelización, para de este modo disponer excelentemente el arte a la cultura, a la catequesis, al culto, a la caridad por el bien de la comunidad cristiana. Por lo tanto, serían de desear procesos institucionales adecuados para promover un auténtico arte cristiano en el pluralismo de las tendencias y de las culturas.

1.2. LA CRISIS DE LA RELACIÓN IGLESIA Y ARTE

Los cristianos, y en particular la Iglesia católica, a lo largo de los siglos se han expresado y han preferido a los genios más grandes del arte. No obstante, con el pluralismo de la cultura del novecientos se ha debilitado la alianza entre la Iglesia y el arte. Esto se debió a múltiples factores, entre los que se encuentra la diferente confrontación intercultural, las cambiantes ordenaciones políticas, la endémica crisis estética, las difíciles relaciones institucionales, la difusa secularización ética, los nuevos equilibrios económicos. La cultura cristiana, de suyo, ha perdido su hegemonía, de modo que el arte ha cambiado intereses, recorridos, poéticas, contenidos.

Los católicos, en muchas ocasiones, o se han refugiado en estériles posiciones defensivas, o han padecido la marginación de las desfavorables estrategias culturales. Es difícil comprender si este fenómeno ha sido causado por un entramado particularmente desfavorable o por la ausencia de grandes genios. Ciertamente, incluso con porcentajes diferentes de un lugar a otro, ambos factores han contribuido al bajo perfil de muchas producciones artísticas y arquitectónicas, sobre todo si se comparan con las de épocas pasadas y de las demás tendencias.

Pablo VI constató la crisis de la relación entre Iglesia y arte y se excusó públicamente, por la responsabilidad que pudieran tener las instituciones eclesíásticas:

A veces os hemos puesto encima una capa de plomo, lo podemos decir; ¡perdonadnos! Y después, también nosotros os hemos abandonado. No os hemos explicado nuestras cosas, no os hemos introducido en la celda secreta, donde los misterios de Dios hacen saltar el corazón del hombre de gozo, de esperanza, de regocijo, de euforia. No os hemos considerado como a alumnos, amigos, interlocutores; por eso no nos habéis

conocido. Y de este modo vuestro lenguaje para el mundo ha sido dócil, sí, pero casi atado, forzado, incapaz de encontrar su voz libre. Y nosotros entonces hemos oído la insatisfacción de tal expresión artística. [...] Os hemos tratado peor, hemos recurrido a los sucedáneos, a la oleografía, a la obra de arte de poca calidad y de bajo costo, también porque, a nuestra defensa, no teníamos medios para realizar cosas grandes, cosas hermosas, cosas dignas de ser admiradas (Pablo VI, Alocución *Incontro con gli artisti nella Cappella Sistina* (7 de mayo de 1964), en: *Insegnamenti* II (1964), p. 312-318).

Juan Pablo II se ha dirigido directamente al mundo del arte afirmando, que si la Iglesia necesita a los artistas también los artistas necesitan a la Iglesia (Cfr. Juan Pablo II, *Carta del Papa Juan Pablo II a los Artistas* (4 de abril de 1999), 12-13).

1.3. LA RECUPERACIÓN DE LA PRESENCIA DE LOS CATÓLICOS EN EL MUNDO DE LAS ARTES

Si el Concilio Ecuménico Vaticano II ha invocado una nueva alianza entre la Iglesia y el arte, el postconcilio en estos cincuenta años ha intentado llevarla a cabo. Ahora es necesario un contraste riguroso y una correcta operatividad, distinguiendo la pastoral de los artistas del servicio pastoral de estos mismos. Si en el primer caso es necesario intentar aproximarse a cada uno de ellos, en el segundo se deben cumplir las disposiciones de la Iglesia.

La Iglesia, por tanto, debe recuperar su influencia en el campo de las artes desvistiendo de las presunciones hegemónicas y empeñándose en un diálogo constructivo. Los creyentes, por mandato evangélico, están dispersos por el mundo para anunciar la buena noticia. La metáfora neotestamentaria, que del modo más excelente describe a los cristianos, es la del «pequeño rebaño» guiado por el buen pastor. La imagen tradicional que describe a la Iglesia es «la barca de Pedro», zarandeada por el oleaje, pero segura. Por lo tanto, las razones de tal seguridad no se pueden encontrar en el poder terrenal, sino en la promesa de Jesús: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta al fin del mundo» (*Mt* 28,20).

De todo lo anterior se puede afirmar que no se debe pensar en una colonización cristiana de las artes, sino en una continua diseminación de la Palabra de Dios en las diversas culturas por medio de procesos flexibles de institucionalización, en los que el arte se convierte en un ajuar ejemplar por su valor humanístico y, por lo tanto, liberal. Es necesario hacerse entender por las «gentes» a las que se dirige el anuncio; es importante inculturar la propuesta con tal de no renunciar a la tesis de la absoluta novedad de Cristo muerto y resucitado para nuestra salvación; se hace oportuno suscitar en cada individuo el deseo de encontrar al Señor ayudándose también del gozo estético. Estas necesidades conducen a una dialéctica entre el mensaje religioso y las formas

culturales, que provoca la introducción de principios nuevos, la transformación de los contenidos, el nuevo significado de las expresiones, la reelaboración de los significados, la sacralización de las formas. El cristianismo, incluso dirigiéndose hacia la dimensión espiritual y hacia el testimonio de la caridad, posee una consecuencia práctica que se cumple inculturándose en las diversas civilizaciones y aculturándolas a las mismas.

Por lo que se refiere al universo artístico se asiste a lo largo de los siglos, de modo particular en el mundo occidental, al paso de un arte de los cristianos a un arte cristiano. Con la llegada de la modernidad han surgido, al lado del arte cristiano, corrientes dominantes post-cristianas o no-cristianas. Por lo tanto, Estas van de nuevo evangelizadas con valentía, determinación y competencia.

En el actual cambio de época, en el que son evidentes los fermentos de nuevos equilibrios culturales, los cristianos están llamados a redescubrir la actitud y las metodologías pertenecientes a la primitiva comunidad. En aquel momento, la superior dignidad moral y la capacidad de enfrentarse con el mundo clásico, permitieron una notable expansión misionera y una rápida programación iconológica. La convicción de que la eficacia del anuncio residía en la autoridad del testimonio, condujo a una severa selección de las personas, a una particular capacidad carismática, a un fuerte sentido de pertenencia, a la voluntad de acoger las *rationes seminales* de la superior cultura clásica.

El primado de Cristo y de su Iglesia, en las mejores soluciones, no ha estado en la conservación cuidadosa de un sistema institucional preconstituido, sino en la capacidad de inspirar cristianamente a las culturas de los pueblos a los que se anunciaba el Evangelio, provocando una obra de transignificación y resignificación. La Iglesia en efecto ha madurado progresivamente la conciencia de ser una entidad hipercultural, por lo que su deber ha sido el de animar a cada una de las culturas, proponiendo su propio cuadro de valores fundado sobre el testimonio y la competencia.

En la actual cultura globalizada, los católicos están llamados, también en el campo artístico, a volver a adquirir influencia en la preparación esmerada, en la confrontación crítica, en la sinergia interdisciplinar. Por lo tanto, por un lado, se deben eludir los procesos solapados de marginación, tratando de recobrar peso contractual; por otro, se debe considerar la calidad de las propuestas poniendo en evidencia la peculiaridad de los encargos culturales.

1.4. EL CONTRASTE CONSTRUCTIVO CON LA LAICIDAD

Los católicos, en el campo específico de las artes, tienen que recobrar la fuerza de la historia y del presente. Para ello es necesario trabajar en varias dimensiones: descubrir

las dinámicas que han permitido las grandes expresiones artísticas del pasado; escudriñar los «signos de los tiempos» para valorar las estrategias de intervención; superar los subjetivismos individualizantes para crear provechosas sinergias; proponerse con obras auténticas de arte, con las que poder confrontarse con las expresiones más significativas; afanarse para que sean reconocidas como tales por parte de los críticos y de los usuarios.

El enfrentamiento con la laicidad no debe realizarse en la lógica de la contraposición, sino de la «conurrencia». Las excomuniones de la totalidad del «siglo presente», dado el pluralismo de las tendencias, pecan en efecto de indeterminación, mientras que es positivo presentarse con contenidos fuertes capaces de suscitar interés moviendo al diálogo. Estratégicamente es oportuno empeñarse en dos frentes. Por un lado, deben ser superados los prejuicios que desterraban, a menudo por intereses viles parciales, la entrada de artistas católicos en los encargos de relieve, en los circuitos expositivos, en los círculos de la crítica, en la opinión común. Por otro lado, hace falta empeñarse en inspirar a la cultura haciendo redescubrir el gusto por la estética del arte cristiano, fomentando el deseo de aventurarse en el sector del arte religioso, evidenciando la apertura connatural del hombre hacia lo sagrado, promoviendo los estudios interdisciplinarios en el campo del arte religioso, tratando de descubrir nuevos talentos para promover la creación artística.

Se trata de demostrar, como católicos comprometidos en el sector de las artes, competencia y conveniencia, para ser asumidos de nuevo en las políticas artístico-culturales; es necesario trabajar principalmente a nivel interpersonal, con el fin de superar los bloqueos institucionales; se impone salir de las disputas egocéntricas para tejer minuciosamente un trabajo de grupo; hace falta superar el victimismo excluyente, iniciando con un serio compromiso autocrítico; es importante recobrar el favor de la opinión pública para demostrar el propio peso en la configuración de las estrategias; es necesario participar en los lugares de concertación de los medios de comunicación y crear encuentros continuativos con el público para, de este modo, ofrecer una nueva imagen del justo operado artístico.

Los católicos tienen que «caminar junto con» el mundo laico, ritmando el paso con el de los demás, en la espera de una atención recíproca. Esta actitud exige el respeto de las posiciones de los otros, evitando impedimentos excluyentes; la aceptación de los demás recorridos emotivos, superando los movimientos instintivos; la circulación de las experiencias, sabiendo que siempre hay que aprender. De este modo las opiniones abundantes que confluyen en el campo de las artes vendrían a componer una verdad sinfónica, los abundantes caracteres personales se congratularían en un agradable juego de sentimientos, las diversas experiencias artísticas causarían desarrollos considerables.

La aventura del arte, en conjunto, y del arte sagrado en particular, exige el deseo y el compromiso de «caminar juntos». En efecto, para los artistas no tendría sentido comunicar a la colectividad las exigencias propias más íntimas y poner a disposición el genio personal, si los recorridos creativos fueran discrepantes y las opciones personales incoherentes. Para dar belleza al espacio común, en el que Dios dialoga con «los suyos» y con todos los «hombres de buena voluntad», es necesario compartir los propósitos.

La competición bien intencionada de las fuerzas permite experimentar los diferentes acercamientos al arte y a lo sagrado, promoviendo la parte mejor y dejando de lado las disputas estériles. Por lo tanto, se deben favorecer las iniciativas dirigidas a aproximar a los artistas sensibles a los contenidos religiosos para, de este modo, iniciar un diálogo constructivo y creativo. Se tiene que promover la presencia de los católicos en los cenáculos habituales de las diversas artes. Es oportuno programar una discusión serena con el mundo de la crítica. Se tienen que buscar contactos con los responsables de los bienes culturales que estén empeñados en la vida civil. Se tiene que hacer deseable la producción de obras de arte sagrado, afanándose por recibir un encargo iluminado. Son estos los caminos posibles para salir del anonimato y de la mediocridad con el fin de retomar, junto con otras instituciones culturales, el compromiso de dar a la belleza un valor sacro y a la religión una fuerza estética.

2. LA FUNCIÓN ECLESIAL DE LAS ARTES

2.1. LA PECULIARIDAD DEL ARTE PARA UN NUEVO HUMANISMO

La actual cultura de la postmodernidad impulsa a la Iglesia a empeñarse en el difícil intento de configurar un nuevo humanismo cristiano, que sea capaz de respaldar el camino de fe de los creyentes. Al respecto, las artes liberales son un instrumento privilegiado, ya que se proponen como expresiones del espíritu que satisfacen el deseo de la sublimación humana. Cuando además están dirigidas a la misión de la Iglesia asumen un valor catequético y cultural.

En el sistema poliédrico y variado de la *civitas christiana*, las obras de arte representan el esfuerzo de la creatividad humana de dar resplandor al *hábitat* de la vivencia civil y de configurar el espacio de las expectativas religiosas. Estas intensifican la pertenencia a un territorio particular, permiten recorrer las etapas históricas de una comunidad, favorecen en los creyentes la percepción de la belleza, ayudan a la ascesis espiritual de los fieles, colaboran para que se eviten los procesos de masificación. Son, por lo tanto, un signo de humanidad del que cada colectividad tiene el derecho de beneficiarse.

En un sistema de comunicación en el que la persuasión no va encaminada hacia la verdad, sino que a menudo mistifica la realidad por intereses económicos o ideológicos, el arte de inspiración cristiana debería atraer connaturalmente hacia la verdad y hacia el bien. La belleza del arte no sirve, en efecto, para seducir de modo engañoso, sino para poner en evidencia la unidad, la bondad, la verdad que se manifiestan en la creación y se cumplen en la redención. La belleza desde esta perspectiva viene a asumir un papel importante para ser medio de transmisión de las informaciones religiosas, ya que está basada en la apertura intrínseca del hombre hacia Dios, desenmascarando las mistificaciones que cierran a esta tendencia espiritual. El camino de la belleza acerca el hombre a Dios, impulsándole a aspirar a los «carismas más altos», a «acumular tesoros en el cielo», a esperar «los cielos nuevos y la tierra nueva», a pregonar la visión de la «gloria de Dios».

Por lo tanto, reviste un papel importante la revalorización del mundo del arte, ya sea como fruición del patrimonio histórico-artístico, o como creación continua de nuevas obras. Si en efecto la Iglesia, ya desde los inicios, se ha servido del noble ministerio de los artistas, la humanidad, desde tiempo inmemorial, ha encontrado en las artes el medio más adecuado para representar las esperanzas y los valores de la persona humana, entre los que se encuentra, obviamente, el anhelo religioso.

El mundo, a pesar de las innegables contradicciones de este tiempo, parece vivir la deseable fase preparatoria de una nueva civilización, ya que se puede constatar el malestar de la secularización y, al mismo tiempo, el deseo de aproximaciones espirituales. Su nacimiento se hace muy necesario, ya que lo heredado e inventado en este siglo revela evidentes señales de cansancio y fracaso, a pesar de los indudables fermentos positivos e innovadores. En las generaciones actuales está también presente el deseo de renovación, el compromiso por la paz, la valentía de la solidaridad, el sentido de la tolerancia, la inspiración espiritual. Todos ellos son los gérmenes de la verdad que pueden infundir esperanza en los pueblos de fe cristiana.

2.2. EL VALOR SAGRADO DEL ARTE RELIGIOSO

El arte posee un intrínseco valor sagrado. Por consiguiente, el arte religioso tiene que ser auténtico, de modo que el aura sagrada se convierta en un argumento en los contenidos religiosos provocando la elevación espiritual. Lo bello y lo sagrado son aspectos complementarios, por lo que la experiencia estética y la experiencia religiosa pueden conjugarse, incluso en la distinción efectiva entre intuición mística y estética (Cfr. Chenis C., *Ragioni concettuali e valenze linguistiche dell'arte sacra contemporanea. Un tentativo di diagnosi e di terapia secondo il pensiero della Chiesa*, San Gabriele (Tera- mo, Italia) 1995, p.38-41). Lo bello es el resplandor de las formas sensibles, lo sagrado es

el resplandor de la gloria de Dios. Por lo tanto, la estética va dirigida a la contemplación de la forma, la mística, por su parte, se encamina a la contemplación del fin. Ambas poseen un valor sagrado, por lo que el arte religioso es capaz de expresar el encuentro del hombre con Dios.

El conocimiento místico le lleva hacia Dios concretándose en el «padecer» las cosas divinas, por lo que produce una experiencia incommunicable discursivamente, ya que el Espíritu eleva el intelecto adelantándole la facultad de sustentar la visión de Dios. Esta constituye un momento de transfiguración del propio ser a causa del reflejo del resplandor divino. El conocimiento estético conduce, en cambio, a las cosas sensibles; nos hace conscientes de la potencia creadora humana que se activa al imprimir resplandor formal; es un momento de catarsis de la contingencia que activa la nostalgia de lo divino y puede concretarse en un acto de culto.

La gracia artística y la gracia santificante no se excluyen, sino que se unen para que en el arte surja lo sagrado y para dirigirlo hacia Dios. El arte, como carisma que es de la *natura naturans*, abre los límites de lo finito, para que la fantasía y el intelecto puedan conducir al hombre hacia lo infinito. La fe, como don sobrenatural que es, guía el camino del creyente, para que pueda alcanzar la eternidad bienaventurada.

En el cristianismo, el arte, junto con la santidad son la expresión máxima del acercamiento de la criatura humana a la naturaleza divina y de la adoración del creyente a Dios. «Por estos motivos la Santa Madre Iglesia siempre ha sido amiga de las artes liberales y siempre ha buscado su noble servicio (Concilio Ecuménico Vaticano II, Constitutio de Sacra Liturgia *Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963) 122).

La liturgia es el *locus* por excelencia donde se puede realizar la contemplación del resplandor de las formas de lo sagrado. Por consiguiente, los lugares de culto son un *unicum* orgánico, mistagógico, en transformación, elevante. En cuanto *unicum*, constituyen un universo espacio-temporal en el que los fieles realizan su propio credo en la celebración de los santos misterios. En cuanto *orgánico*, reúnen aspectos múltiples que no alcanzan plenitud de resplandor en la singularidad segmentada, sino en el conjunto cultural o, más bien, en el momento en que se celebra el sacramentalidad de la Iglesia en Cristo. En cuanto *mistagógico*, introducen a los fieles en lo sagrado a través de contenidos específicos y mediante el resplandor de las formas. En cuanto *en transformación*, se inculturán y se desarrollan, generando equilibrios continuos que tienen que rehacer en cada momento la nota de la organicidad. En cuanto *elevante*, favorecen el recogimiento, la ascesis y la «actuosa partecipatio» (Cfr. Chenis C. 1991, p. 55-78).

Las notas de heterogeneidad, dramatismo, intransigencia, desinterés, precariedad, que califican la experiencia estética, no están en contradicción, ya que la experiencia de fe se encarna en la existencia, la cual se ennoblece en la contemplación de la belleza, con tal de que esta no se reduzca a idolatría, o bien a «mera suntuosidad». La Iglesia, por este motivo, continúa a evangelizar y catequizar también con el resplandor del *hábitat* cultural. Ella, en efecto, «quiere dar forma y expresión a la fe actual, con el espíritu y la sensibilidad de nuestro tiempo, y valiéndose de los medios que hoy están disponibles, y al mismo tiempo desea ofrecer una morada donde poder encontrarse» (Juan Pablo II, Alocución *La ricchezza creativa dell'arte a servizio della convivenza umana* (26 de febrero de 1966), en: *Insegnamenti* IV (1966), p. 94-97).

2.3. LA PARTICIPACIÓN EN LOS NUEVOS AREÓPAGOS DE LA CULTURA Y DEL ARTE

Las artes se desarrollan en sus expresiones con referencia a los procesos creativos, a los gustos de quien encarga las obras, a las exigencias de cada una de las generaciones, a la imaginación de las diversas culturas. Por lo tanto, el cristianismo tiene que inspirar nuevas formas de arte para conseguir una comunicación más eficaz «usando un lenguaje capaz de anunciar a todos el Reino de Dios» (Juan Pablo II, *Discurso a la III Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia* (31 de marzo de 2000), en: *L'Osservatore Romano*. Edición española (7 de abril de 2000) p. 6). «A los antiguos monumentos se añaden los nuevos areópagos de la cultura y del arte, instrumentos a menudo idóneos para estimular a los creyentes, a fin de que crezcan en su fe y den testimonio de ella con renovado vigor. De los sitios arqueológicos a las más modernas expresiones del arte cristiano, el hombre contemporáneo debe poder releer la historia de la Iglesia, para que le resulte más fácil reconocer la fascinación misteriosa del designio salvífico de Dios» (Juan Pablo II, *Discurso a la II Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia* (25 de septiembre de 1997), en: *L'Osservatore Romano*. Edición española (3 de octubre de 1997) p. 14).

Es por tanto importante participar en los nuevos areópagos de la cultura y del arte para presentar los valores cristianos. Los instrumentos actuales de la comunicación pueden transmitir a las masas el mensaje evangélico de modo fácilmente comprensible, emotivamente entusiasta, socialmente provechoso. La estética puede contribuir eficazmente a poner en evidencia los contenidos teológicos y a suscitar una atmósfera espiritual. En el contexto cristiano asume la función de aclarar el aspecto conceptual y de mover los sentimientos sin mistificar la realidad ni plagiar las conciencias. Está dirigida a hacer placentera la visión de la obra de arte, dando así origen a una experiencia totalizadora que, en el caso del arte religioso, se hace «divinizante». Incluso en las cambiantes

expresiones técnicas, que van de las soluciones polimateriales a las multimediales, el resplandor de las formas del arte religioso tiene que favorecer en todos los casos el acercamiento espiritual y la ascesis mística.

Es, pues, importante hacer frente a los nuevos areópagos para superar los ostracismos de la religión, fortalecer la moral, educar a la fe, actualizando la metodología evangélica. Jesús predicó por medio de imágenes verbales, (como las parábolas del Reino), por la fuerza carismática, (como la cercanía interpersonal), por el testimonio de la vida, (como la actitud en su pasión). Es, por ello, necesario «hablar y actuar», como hizo Cristo, viviendo así el martirio de lo cotidiano, confiando a las formas del arte la capacidad de exponer de modo magnífico y discreto tanta riqueza de existencia. Es necesario tener la misma mirada de Jesús frente al «rebaño extraviado, sin pastor» para continuar en la misión eclesial, pidiendo al arte que conmueva los ánimos y despierte a las conciencias. Es necesario peregrinar hasta los extremos confines de la tierra para llevar los valores de la fe a todas las generaciones y a cada uno de los individuos, configurando una cultura total. Una civilización semejante de inspiración cristiana puede superar los esquemas instrumentales de la globalización y debería ser capaz de humanizar a los pueblos a través del mensaje universal de la belleza expresado en la multitud de las artes.

En una cultura de la comunicación es importante tener integridad de vida y santidad de fe, pero esto no es suficiente. En efecto, el propio testimonio debe de ser anunciado y por lo tanto tiene que ser perceptible. Ahora bien, una comunicación tal encuentra un canal óptimo en los *medios de comunicación*, hasta el punto que éstos, si son respetuosos con los contenidos y bellos en las formas, son capaces de engendrar estupor haciendo redescubrir el anhelo religioso y la urgencia caritativa. Las nuevas artes también ayudan a acoger lo efímero de la existencia, a revelar las contradicciones de la humanidad, a hacer desear las realidades del cielo, a anunciar el «día de gracia del Señor».

2.4. LA IMPORTANCIA DEL ARTE EN LA EVANGELIZACIÓN

La evangelización exige una renovada efervescencia de testimonio y, contextualmente, una mayor calidad artístico-cultural. En efecto, los instrumentos utilizados no pueden apartar del camino de fe, sino que tienen que favorecerlo ya que forman parte de un único proyecto eclesial. Por consiguiente, es urgente planificar la valorización y el incremento del arte contemporáneo, para que sea una expresión eficaz de la evangelización.

Las artes, en sus múltiples expresiones, también pueden estimular la admiración por las realidades espirituales superiores conduciendo a cada una de las personas y a

la entera colectividad a mirar en lo profundo de la existencia, donde las inquietudes, lo que se espera, las esperanzas, las angustias, las destrucciones, encuentran la redención espiritual.

La aceptación del Evangelio es un acto libre del hombre que se identifica perfectamente con Cristo en la santidad. Este resplandor de la gracia divina se expresa en la caridad, como un gesto de comunión universal, y en el arte sagrado, como un signo de la creación restaurada en Cristo. Dar el resplandor de las formas al anuncio del Evangelio y al lugar del anuncio es manifestar sensiblemente «el gozo del Señor resucitado, nuestra fuerza».

Las obras de arte religioso penetran místicamente en el corazón de la realidad por lo que el artista asume un papel ministerial de mediador con la divina providencia. Incluso donde se aprecia el malestar de la contemporaneidad, la denuncia rebelde tiene que convertirse en anuncio sufrido, el grito ahogado en una invocación patente, el recorrido inmanente en una victoria trascendente. El arte opone a las desesperaciones del tiempo presente, engendradas por la constatación amarga del dominio de las «estructuras de pecado», la utopía del Evangelio que se multiplica en creaciones originales, en las que las fantasías expresivas se modelan sobre gustos variados.

Es importante, sobre todo en las culturas actuales, a veces pobres de reclamos espirituales auténticos, presentar una vez más el gran patrimonio histórico-artístico de la Iglesia y promover uno nuevo de inspiración cristiana, que sea capaz de sustentar a la evangelización. En efecto, el arte cristiano «sigue prestando un servicio singular, comunicando con extraordinaria eficacia, a través de la belleza de las formas sensibles, la historia de la alianza entre Dios y el hombre y la riqueza del mensaje revelado. En los dos milenios de la era cristiana, ha manifestado de forma admirable el ardor de numerosos confesores de la fe, ha expresado la conciencia de la presencia de Dios entre los creyentes, y ha sostenido la alabanza que la Iglesia eleva a su Señor desde todos los rincones de la tierra» (Juan Pablo II, *Discurso a la III Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia* (31 de marzo de 2000), en: *L'Osservatore Romano*. Edición española (7 de abril de 2000) p. 6).

Por lo tanto, se trata de traducir el mensaje cristiano por medio del arte en el lenguaje de las diversas culturas, de modo que los contenidos religiosos, transmitidos por las formas perceptibles, puedan suscitar en las almas el deseo santo de acercarse al Señor y de habitar en su casa. Los artistas que se arriesgan en el arte para el culto necesitan intuir las exigencias del anuncio evangélico. Partiendo de lo bello están llamados a hacer resplandecer el bien y lo verdadero. Dada la actual cultura de las imágenes y la debilidad de los lenguajes, su servicio asume la función de emocionar a los que están

distraídos a causa de la indiferencia y del hedonismo, con el fin de reavivar el deseo de la vida espiritual.

El arte contemporáneo estará realmente al servicio de la evangelización, cuando los artistas, partiendo de las expresiones propias de cada cultura, logren poner en evidencia la continuidad en la novedad de los contenidos y de las expresiones del arte cristiano. Presentando una vez más una estética de inspiración cristiana, abierta a la trascendencia divina y al parámetro interior, tendrán que superar el esteticismo contemporáneo de lo efímero. Mostrando el atractivo del arte de contenido religioso, deberán aproximar las nuevas generaciones a las obras culturales como instrumento de ascesis.

Desde el momento que «la nueva evangelización exige un renovado compromiso con el culto litúrgico, que es también una rica fuente de instrucción para el pueblo fiel» (Juan Pablo II, 2000, 6), es oportuno que los artistas colaboren en cuidar los medios para expresar adecuadamente la liturgia. Por consiguiente, es significativo que muestren de qué modo la encarnación de Cristo exige que los signos de la salvación posean un componente sensible y natural, a pesar de ser símbolo de lo sobrenatural, por lo que es necesario reencontrar el sentido justo y el correcto significado a las obras de arte sin reducirlas a un mero esteticismo.

3. LA RECALIFICACIÓN ECLESIAL DE LAS ARTES

3.1. LA ANIMACIÓN INSTITUCIONAL

Los artistas no pueden constituir un universo aparte, ni ser presa fácil del mercado. En referencia al arte para el culto el contacto con los mismos no se puede reducir a los encargos ocasionales, ni tampoco ellos pueden imponer su visión personal de lo sagrado. Los artistas que se dedican al arte en contexto eclesial tienen que sentir *cum Ecclesia*. Por lo tanto, es oportuna la colaboración entre los artistas y las instituciones para favorecer el terreno de confrontación y verificación. Las instituciones están llamadas a promover el encuentro interpersonal entre los artistas, a disponerlos a las expresiones religiosas, a introducirlos en el elenco de la tradición cristiana, a favorecer su encuentro con la comunidad de fieles, a solicitar una relación interdisciplinar. Los artistas, por su parte, tienen que salir del subjetivismo estético y del individualismo operativo, para crear obras que estén de acuerdo con la pastoral de la Iglesia y sean acordes con la sensibilidad de los fieles.

En efecto, el elemento que se puede vivenciar de lo sagrado es el *hábitat* cultural en su conjunto de aspectos, por lo que cada intervención artística debe ser pensada contextual y orgánicamente, además de ser coordinada institucionalmente. Lo «absoluto»

del arte no elimina el contexto ambiental, social y cultural de la obra. Tampoco se tiene que olvidar el devenir histórico que conduce a modificar los equilibrios del complejo cultural por distintas causas como acontecimientos calamitosos, cambios de estilo, renovación de la liturgia y otras. Cada una de estas circunstancias comporta el deber de recrear la armonía espiritual y formal, haciendo del obrar artístico un conjunto absoluto y en evolución.

Por todo ello no se puede pensar en las intervenciones artísticas en los conjuntos culturales en un modo desarticulado. Los artistas, los teólogos, los pastores, los críticos, etc. tienen que proyectar lo que será dedicado a lo sagrado contemplando a Dios y sirviendo al prójimo, por lo que es necesario pensar en un orden institucional que haga posible el encuentro de todas las partes implicadas.

Además, para educar y experimentar esta colaboración, se pueden configurar encuentros interpersonales, congresos de estudio, laboratorios por medio de los cuales poder apreciar la importancia de crear juntos, concertar las estrategias, prepararse en el campo específico del arte cultural. Gracias a las iniciativas institucionales y al contacto cercano se comprende cómo el intercambio de experiencias humanas y la colaboración en la elaboración de los proyectos aventajan al arte individual, ya que de este modo lo sitúan en contexto, lo organizan, lo contextualizan.

Las grandes épocas del arte italiano llevaron a las dinámicas del proceso artístico y de la práctica religiosa a la plena madurez. Esto se debió a múltiples factores como la capacidad de absorber el genio individual y diferenciado de los artistas en la estructuración orgánica del espacio de culto, sin llegar con ello a comprimirles la originalidad; la voluntad de acoger las diversas tendencias espirituales sin caer en el uniformismo, ni aceptar las complicidades heterodoxas y paganas; la sabiduría de componer las disparidades entre los artistas introduciéndoles con pleno derecho en el tejido social, por lo que todo el proceso creativo se vivió con quien encargaba la obra y con la colectividad. Los desgarros a este paradigma no turbaron de modo irreparable el éxito de los proyectos importantes.

Suponiendo que el genio del hombre no se haya apagado, incluso aceptando la desfavorable coyuntura cultural y observando, también, la reducción de la práctica cristiana, estamos llamados, al mismo tiempo, a poner en marcha una nueva estación del arte para el culto por medio de un tejido institucional capaz de catalizar las mejores fuerzas en una empresa creadora en favor, tanto del culto, como del arte. Es el momento de volver a abrir los *talleres artesanos* para salvaguardar el *hábitat* cultural. Sería deseable, que en cada iglesia-edificio, se constituyera un grupo propulsor capaz de coordinar el empeño continuo de construcción, tutela, adaptación de cada uno de los conjuntos se-

gún la *mens* de la Iglesia. En este contexto tienen que trabajar también las asociaciones católicas de artistas, con el fin de concertar las estrategias sobre paradigmas uniformes.

3.2. LA CONCERTACIÓN INTERPERSONAL

El régimen interpersonal, que es apto para componer la relación social, cultural y religiosa necesaria para sostener el arte para el culto, encuentra su catalogación por medio de la concertación interpersonal. El valor de tal sistema consiste en revivir el régimen sapiencial adquirido por el cristianismo a lo largo de los siglos para unir a quienes encargan las obras, a los artistas y a los usuarios, ya sea en el compartir los intentos, o bien en la multiplicidad de las tendencias.

La inversión de tanta energía en el sector del arte sagrado durante las épocas de oro del cristianismo estaba fundada sobre relaciones interpersonales complejas, diferenciadas y dialécticas. Estas se articulaban sobre la pertenencia religiosa común o sobre la diferente sensibilidad espiritual, sobre el teocentrismo o sobre el antropocentrismo, sobre la precariedad o pobreza de la condición humana, sobre la identificación colectiva o sobre la alabanza nobiliaria, sobre la convicción de poder reconstruir en la utopía artística el jardín sagrado o sobre la voluntad utópica de entrever la sala del banquete celestial, sobre el ardor creativo del individuo o de la colectividad.

Tales relaciones interpersonales, no siempre pacíficas, han creado las condiciones para un trabajo genial y místico en el que se ha percibido la competición entre las partes y al mismo tiempo la composición de las diversidades. Al respecto, es suficiente recordar en el campo eclesiástico las discusiones entre las escuelas teológicas, las órdenes religiosas, las cofradías, los obispos, y en el artístico las revanchas entre los artistas, los estudios artísticos, los talleres. A pesar de todo se han podido realizar los grandes monumentos del espíritu, de la cultura y de la caridad.

Tales circunstancias dichosas del pasado pueden encontrar de nuevo actualidad en la coyuntura social de nuestro tiempo por medio de un nuevo acercamiento interpersonal caracterizado por la vivencia común y el contraste de las opiniones. Para mantener vivas las expresiones para el culto en su conjunto orgánico, es necesario, en efecto, reconstruir un régimen ejecutivo capaz de sintonizarse sobre los componentes existenciales, con el fin de traducir la vivencia en arte y, de este modo, decantar los dramas y elevar los ánimos. Además, dado que la cultura actual sufre la incompatibilidad entre las partes que constituyen el sistema social y el religioso, es necesario reunir en un laboratorio a los diversos observadores y operadores que tienen que ocuparse del culto, con el fin de recrear un conocimiento común y una experiencia religiosa unitaria.

Para alcanzar este objetivo es indispensable que cada uno de los que intervienen sea consciente de sus propios límites, de modo que sienta la necesidad de confrontarse con los demás, con el fin de reconstruir lo más característico del *hábitat* cultural. En el fondo tiene que existir la convicción de que la realidad es compleja y que las personas comparten. Por consiguiente, no se puede proceder desde una sola perspectiva y desde una situación individualista.

3.3. LA COLABORACIÓN INTERDISCIPLINAR

Para conocer y crear las expresiones que caracterizan a los diversos aspectos constitutivos del *hábitat* para el culto, se necesitan expertos del sector capaces de interactuar en las competencias diversas. Estas se pueden distinguir a nivel teórico, técnico, artístico, pastoral y de gestión. La formalidad por medio de la cual se puede investigar sobre tal objeto complejo e indivisible prevé un trabajo interdisciplinar a niveles diversos.

A nivel teórico se impone afrontar el problema desde un punto de vista teológico y antropológico. Desde el aspecto teológico-litúrgico tienen que ser considerados los aspectos bíblicos, dogmáticos, litúrgicos, espirituales. El liturgista realiza una tarea de coordinación, ya que tiene que ofrecer los criterios celebrativos, según modelos eclesiológicos actuales, en el respeto de las tradiciones rituales, teniendo en cuenta las necesidades de la espiritualidad. Es necesario poner junto al liturgista al maestro de las ceremonias, para comprender las exigencias concretas del sistema ritual. Bajo el aspecto antropológico-cultural es necesario considerar los aspectos metafísicos, estéticos, culturales, psicológicos, sociológicos, éticos. No se puede renunciar a una reflexión sobre el fundamento último de la realidad, ya que el espacio sagrado abre a la trascendencia y por tanto tiene que ser fundamentado antológica y teológicamente.

No podemos dejar de mencionar, sobre todo en el contexto actual en el que se pone el énfasis en el pluralismo cultural, las cuestiones relacionadas con la inculturación y la aculturación; ni se puede renunciar a una consideración sociográfica y sociológica para valorar el impacto sobre la comunidad de determinados conjuntos culturales; mucho menos podemos dejar de lado un examen de carácter psicológico para poder evaluar la reacción de cada una de las personas ante un sistema celebrativo particular dentro de un conjunto cultural específico.

A nivel técnico-artístico el compromiso ejecutivo exige la decisión desde el sector técnico y artístico. Técnicamente se deben afrontar las cuestiones urbanísticas, o más genéricamente ambientales, para, de este modo, valorar las intervenciones sobre el *hábitat* cultural en relación al territorio. Respecto a los aspectos constructivos se impone

reflexionar cuidadosamente sobre los materiales, la acústica, la iluminación, la térmica. No se pueden olvidar los problemas de mantenimiento, restauración, reestructuración que compensan la «tutela vital» del espacio sagrado. Se tiene que dar resplandor artísticamente unitario a la arquitectura, a la luz, a las pinturas, a las esculturas, a la decoración, a los objetos de culto, a las vestiduras, a los cantos, a las músicas, a los rituales, etc. Todo tiene que ser proyectado de modo que cada una de las partes sea integrable y se dirija hacia la comunidad de los fieles. Por todo ello, se necesita una dirección escenográfica, por lo que cada uno de los artistas no puede proceder de modo individual. Además, el espacio cultural no es inmóvil ni absoluto, sino que está en continua evolución y contextualización, por lo que es necesario comprobar la preparación de los fieles.

A nivel pastoral y de gestión se tiene que crear en cada uno de los fieles el sentido de pertenencia y de tutela; es necesario educar a la comunidad en la vivencia del arte cultural para que lleguen a participar de forma activa; se tiene que hacer perceptible la fuerza de la memoria; también se deben favorecer nuevas intervenciones, de modo que cada generación pueda suscribir su propia presencia.

Esta visión del *hábitat* cultural lleva a la corresponsabilidad e integración de las funciones por medio de grupos de trabajo que interaccionan y se alternan en las diversas fases proyectivas y conservativas. Cada artista lo es de veras, cuando integra su creación en un conjunto. Este compromiso entra a formar parte de la «*actuosa participatio*» querida por la reforma litúrgica; lleva a un trabajo interdisciplinar provechoso; favorece una enriquecedora experiencia interpersonal; promueve a toda la comunidad de los fieles.

3.4. LA EDUCACIÓN DE LAS MASAS

El malestar y la brusquedad que a veces manifiesta la contemporaneidad no solo están motivados por las divergencias entre la cultura católica y la laica, sino también por la falta de preparación del público para comprender tantas expresiones actuales, cuyos estilemas estéticos no son accesibles de inmediato. Si el lenguaje de la belleza auténtica es universal para suscitar emociones y poner en evidencia los contenidos, se debe colocar al público en las condiciones de poder «abrir los ojos» para admirar las creaciones artísticas actuales y para decodificar de las mismas su contenido. Por lo tanto, el público debe ser educado en la vivencia del arte, y en particular del arte sacro contemporáneo. Esta formación se puede fomentar por medio de la organización de recorridos expositivos; del compromiso didáctico para promover la creatividad personal; de la enseñanza del arte contemporáneo en todos los niveles educativos; de la sensibilización de los *medios de comunicación social*; de la organización de visitas guiadas; de la discusión en los congresos de estudio; de la elaboración de políticas culturales en el territorio.

La educación debe conducir al usuario a experimentar el gozo ante la evidencia del resplandor formal. En efecto, en el pensamiento cristiano *pulchrum dicitur id cuius ipsa apprehensio placet* (Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I-II, q. 27, a. 1 ad 3.), de modo que cuando los procesos formativos permiten «abrir los ojos» delante del espectáculo del arte, el individuo está en condiciones de elevarse espiritualmente. Para dar origen a esta situación es necesario superar la ignorancia, para que la evidencia *quoad se* del resplandor de una obra pueda reflejarse totalmente en el sujeto que la admira con estupor. Por lo tanto, el sujeto tiene que ser formado a la vivencia estética, a través de un trabajo de análisis del producto artístico, con el fin de inducirle a elaborar una síntesis personal. Con ella la inteligencia tiene que informar y, al mismo tiempo, acoger el gozo de los sentidos, resonando junto con ellos en un acto único.

La formación estética se rinde a la fuerza educativa de lo bello, permitiendo de este modo al usuario la experiencia de lo sublime, que en términos cristianos se concreta en la contemplación mística de lo divino. Entonces, en términos religiosos, una buena formación estética conduce a una experiencia beatificante, ya que el alma encuentra la riqueza de su propia existencia en el mundo, la fuerza de transformarlo con el resplandor de las obras, la valentía de esperar más allá de los destinos contingentes, la posibilidad de sumergirse en lo divino. Por el contrario, una formación inadecuada puede enajenar al individuo, incentivando emociones instintivas, reducciones fetichistas, conclusiones nihilistas.

Por ello, se impone educar hacia el sentido de la belleza, en sus múltiples manifestaciones de estilos compositivos y de géneros expresivos. Las obras de arte que han alcanzado la plenitud de la perfección comunican un aura sacra, por lo que introducen en el recinto de lo divino, causando satisfacción en los usuarios. La belleza, como epifanía del ser, posee un alto valor comunicativo, siendo capaz de participar en la *paideia* espiritual. La comunicación a través de la belleza se realiza por medio de una intuición inmediata que provoca gozo en el seguimiento del anhelo religioso. Por consiguiente, los procesos formativos tienen que llevar a la conciencia de las percepciones estéticas, para que no se conviertan en seducciones ocultas, sino en catalizadores de éxtasis místicos.

4. LA ANIMACIÓN A TRAVÉS DE LAS ARTES

4.1. EL PROYECTO FORMATIVO DE LOS ARTISTAS

El artista cristiano está llamado a apostar por el arte, por la religión, por Cristo y para esta tarea debe formarse. Ante todo, en el arte, que tiene que ser liberal a pesar de que narre el drama no desesperado de la existencia humana; además en la religión, ya que

tiene que unir la dimensión inmanente del hombre con la trascendente de Dios; y de modo particular en Cristo, verdadero hombre y verdadero Dios, ya que, queriendo narrar las proezas de la existencia humana, encuentra un compendio en Cristo crucificado y glorioso, en el que la muerte ha sido vencida por la vida.

La vocación del artista contemporáneo de inspiración cristiana es la de volver a dar vida a los huesos secos de una sociedad humana entristecida por la indiferencia. De este modo no es un fenomenólogo de la crisis, sino que es un profeta que exhala el Espíritu, que no es suyo, pero que ha tenido el encargo distinguido de derramar sobre la faz de la tierra. El artista, al expresar tal intuición divina, tiene que someterse a la lógica de la encarnación. Por ello, su arte exige un estudio atento y creativo de la materia que transforma, aunque si su presencia se produce donde encuentren cumplimiento las soluciones técnicas y, al mismo tiempo, se encuentra de modo ejemplar antes de cada tentativo. Su obrar presupone constancia y creatividad, ya que no es una improvisación alocada ni tampoco un virtuosismo académico. Su arte requiere un camino de formación cultural y espiritual que sea proporcionado a la vida de la Iglesia.

El artista cristiano es un servidor de la belleza y de lo sagrado. La formación artística reclama el sentido de la belleza estética y el conocimiento de la doctrina cristiana, incluyendo ciencia y ascesis. En el camino de crecimiento se tiene que proceder de la información a la formación, o bien del aprendizaje de datos deducidos de la naturaleza y de la cultura, a su asimilación en un sistema coherente, hasta la adquisición de la capacidad creativa en un régimen de continuo desarrollo. Poseer el sentido de la belleza significa intuir la total perfección del ser, de la que se debe dotar a una obra determinada, ya que la belleza da plena inteligibilidad a los objetos de modo que resplandecen por sus formas sustanciales. Tener ciencia significa, por un lado, madurar técnicamente, hasta dominar los materiales que se quieren plasmar, y, por otra, madurar humanísticamente, hasta entrar en la perspectiva de un humanismo integral abierto a los valores espirituales. Tener capacidad de ascesis significa pasar del conocimiento teológico al regalo de la fe, que conduce a acoger la llamada a la santidad a través de un recorrido de conversión permanente a Dios, sumo Bien y suprema Belleza.

Por lo tanto, el camino de la formación no es puramente técnico-científico, sino que también lo es moral y religioso. La belleza no es el resultado de un procedimiento técnico, sino de un acto creativo. En la concepción cristiana una creación siempre está movida por un acto de amor. Esto no puede estar en disonancia con el amor de Dios que crea y redime a la humanidad, ya que estorbaría, en vez de hacer resplandecer las obras del hombre. Las obras de arte son de suyo un signo del paraíso perdido y de la recapitulación final. El camino de formación del artista cristiano exige, pues, humildad, para combatir el orgullo de sentirse protagonista; pide la pureza, para no caer en la

complacencia estética; solicita la fe, para evitar el peligro de la idolatría; exige la constancia para vencer en el intento. Por último, es necesario saber reconocer en la propia obra efímera la energía fascinante del ser y la grandeza de Dios, para hacer del arte un signo de lo inefable. La formación artística lleva a la epifanía de lo natural y de lo sobrenatural a través de obras que indican y continúan de modo enigmático el misterio de la encarnación del Verbo.

4.2. LA MISIÓN ESPIRITUAL DEL ARTISTA

El artista cristiano es un profeta en la contemporaneidad ya que está llamado a madurar su camino en el valor de la memoria eclesial. La historia de la salvación tiene un régimen continuo sustentado por la persistente obra creativa, providencial, misericordiosa de Dios. Entrar en la historia de la salvación asumiendo la función del artista significa recordar las «grandes obras» del Señor y, al mismo tiempo, manifestar el gozo de ser una obra de Dios que sabe firmar en la belleza de las formas sensibles una tan sublime investidura.

El artista está llamado a formarse en una dialéctica de memoria y profecía para que las obras propias sean de algún modo memoriales de la acción de Dios en la historia de la humanidad. La memoria nos hace conocedores del cumplimiento de la salvación en los acontecimientos históricos, por medio primero de la incesante peregrinación y después en Cristo. Es la memoria de Israel en su peregrinación de la esclavitud de los ídolos al servicio de Dios; es la memoria del «resto de Israel», acreditado con justicia para acoger la llegada del Mesías; es la memoria de Jesucristo en su vivencia terrena desde el nacimiento al misterio pascual; es la memoria de la Iglesia consagrada definitivamente en Pentecostés, que desde la dispersión apostólica llega hasta nosotros gracias a la confesión de fe de muchas generaciones de santos. Esta memoria se tiene que abrir a la profecía que conduce a leer los «signos de los tiempos» y a anunciarles en la predicación del Evangelio.

El artista tiene una vocación particular para interpretar la creación y la representación de este mundo con el fin de expresar en la lista de la redención el germen de gracia que acompañan tanto los acontecimientos atormentados, como los fascinantes. Él se hace profeta, convirtiéndose en voz de belleza creada y pregonero de la acción divina. Está llamado a hacer comprender al mundo de hoy que la vida es un camino de esperanza hacia el Señor. Tiene que saber consolar al que camina fatigado y cansado, indicando con la belleza de las obras la meta del encuentro con Dios, diciendo con las formas materiales que el «yugo del Señor es suave y su peso ligero». El artista, pues, es capaz de liberar los objetos del velo de lo absurdo y el anonimato, infundiendo belleza

en las formas sensibles, con el fin de indicar la infinita belleza divina y desvelar al mundo la superación del tiempo cronológico en el tiempo espiritual.

El artista para hacer evidente el culto, la cultura, la caridad tiene que estar abierto a Dios, ser un apasionado del conocimiento, ser diligente hacia el prójimo. El arte cristiano encuentra su máxima expresión en el arte sacro, ya que el culto representa el momento culminante, la recapitulación de la acción del creyente. El arte cultural encuentra cumplimiento en el acontecimiento celebrativo en el que el espacio y el tiempo se convierten en alabanza a Dios por parte de la comunidad de los fieles y signo de su santificación por parte de Dios. El artista tiene que imaginar sus obras en el contexto cultural, comprendiendo que su propia obra no encuentra plenitud y vivencia en sí misma, sino en la celebración de los misterios divinos, de modo que él sólo descubre plenamente su obra en el momento en que entra a formar parte del acto litúrgico.

El artista de lo sagrado puede hacerse entender si es solidario con el sentir común y si recorre el itinerario creativo personal como una aventura compartida con aquellos a quienes va destinada su obra principalmente. Tiene que percibir el mundo con fuerza de intuición personal y con sensibilidad eclesial; tiene que saber introducir sus obras en el contexto eclesial; debe realizar con ellas una misión de humanización. En último término, tiene que ser capaz de elaborar una composición poética de lo sagrado, en el lenguaje de la liturgia cristiana, con formas comprensibles y aprovechables.

La misión del artista cristiano tiene valor social y pastoral; su obra debe narrar la relación entre Dios y el hombre. Esta concepción no coarta la libertad del artista. Le otorga, más bien, dignidad ministerial redimensionando su obrar en un contexto casi sacramental. Se debe recordar, en efecto, que el acto creativo del artista no es *ex nihilo*, sino que proviene de formas ya existentes. Por lo tanto, el concepto de creación se usa de modo metafórico y reemplaza a aquél más específico de transformación.

5. CONCLUSIÓN

Los artistas están invitados una vez más a entrar al servicio de Dios con una fe profunda para inspirar entre los pueblos tolerancia y hermandad. Su arte tiene que ser epifanía de lo divino en el mundo contemporáneo, para de este modo perpetuar el don de Pentecostés, por medio del cual Dios ha hecho comprender su mensaje mediante la fuerza del Espíritu. La belleza que salvará el mundo es la espiritual, que el arte presenta anunciando a Cristo. No obstante, como afirmaba el entonces cardenal Ratzinger:

Tenemos que aprender a verlo. Si nosotros le conocemos no sólo de palabra, sino que somos tocados por la flecha de su belleza paradójica, entonces llegaremos realmente a

su conocimiento y no sólo sabremos de él por haber escuchado hablar a otros. Entonces habremos encontrado la belleza de la verdad, de la verdad redentora. Nada nos puede poner más en contacto con la belleza del mismo Cristo que el mundo de lo bello creado por la fe y la luz que resplandece en el rostro de los santos, a través de la cual se hace visible su propia luz. (Ratzinger J., *Mensaje al XXIII Meeting per l'amicizia fra i popoli*, Rimini, 21 de agosto de 2002).

Por lo tanto, el arte y la fe representan la íntima respuesta del hombre a Dios que crea y redime. Por medio del arte el hombre intuye la grandeza de la creación divina y comprende la posibilidad de volver a dar forma espléndida a la creación, de la que es parte. A través de la fe el creyente intuye el don de la gracia recibida y lo acoge anunciando el Evangelio. El arte es, pues, la sinfonía de la creación e indica el coro de los creyentes, cuya voz canta las alabanzas del Altísimo. Expresa el misterio ya que es un documento de la presencia divino-humana de Cristo. Adquiere su potencia y su vigor por ser el puente hacia lo inefable, o bien en relacionarse con lo divino manifestándolo por medio del mundo sutil de las analogías y de los símbolos que se convierten en «signos sensibles de las cosas y de las bellezas escondidas» (Pablo VI, Alocución *La nomina di nuovi cardinali spiegata ai fedeli* (24 de febrero de 1965), en: *Insegnamenti* III (1965) p. 869). Desvela el misterio de la salvación al narrar la intervención providencial de Dios y al volver a dar grandeza al hombre. «Registra la humanidad visible y las acciones divinas de Cristo, mientras con la transparencia de su lenguaje abre un camino a la intuición de algún aspecto del Inefable» (Juan Pablo II, Alocución *Ai partecipanti al Convegno di Studi* (2 de mayo de 1986), en: *Insegnamenti* IX/1 (1986) p. 1200). Canta el gozo de la vida y anuncia la misericordia divina, convirtiéndose en un estímulo para la búsqueda de Dios. Es el diario espiritual escrito por cada una de las generaciones para ser entregado para la lectura de toda la humanidad.

Por tanto, los artistas tienen que ser ayudados a introducirse en el servicio eclesial, ya que «todavía existe, también existe en este nuestro árido mundo secularizado, y a veces hasta dañado por las profanaciones obscenas y blasfemas, una capacidad prodigiosa de expresar, más allá de lo auténticamente humano, lo religioso, lo divino, lo cristiano» (Pablo VI, Alocución *Inaugurata la Collezione d'arte religiosa moderna nei Musei Vaticani* (23 de junio de 1973), en: *Insegnamenti* XI (1973) p. 645-650). Las formas expresivas pueden ser múltiples, pero sólo en su esplendor evocan lo sublime. La Iglesia también tiene que poder anunciar el Evangelio a través de esta vía, ya que «con el espíritu y la sensibilidad de nuestro tiempo, y valiéndose de los medios hoy disponibles, quiere dar forma y expresión a la fe de nuestros días y al mismo tiempo ofrecer una morada donde encontrarse» (Juan Pablo II, Alocución *Incontro con gli artisti e giornalisti. Mezzi, gran-*

dezza, responsabilità dell'arte e del giornalismo (19 novembre 1980), en: *Insegnamenti* III/2 (1980) p. 1354-1364).

En la estructura cultural actual está viva la exigencia de un arte nuevo y pluralista que, a través de formas diferentes, dé testimonio de la irrupción benéfica de lo divino en la historia a través de una ponderada seducción estética y de una clara referencia religiosa. Un arte que conduzca a los operadores a la *medietas* alejándolos de la *mediocritas*, con el fin de que puedan encontrar la quietud interior para suscitar una santa inquietud. Un arte capaz de pronunciar un mensaje espiritual para enseñar al hombre los caminos de la tolerancia y de la humildad señalados por Cristo. Un arte que favorezca la misión de la Iglesia, recordando que «la alianza estrecha que existe desde siempre entre el Evangelio y el arte, más allá de las exigencias funcionales, implica la invitación a penetrar con intuición creativa en el misterio del Dios encarnado y, al mismo tiempo, en el misterio del hombre» (Juan Pablo II, *Carta del Papa Juan Pablo II a los Artistas* (4 de abril de 1999), 14).

BIBLIOGRAFÍA

- CHENIS C., *Ragioni concettuali e valenze linguistiche dell'arte sacra contemporanea. Un tentativo di diagnosi e di terapia secondo il pensiero della Chiesa*, San Gabriele (Teramo, Italia) 1995.
- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Nuntii quibusdam hominum ordinibus dati, Aux artistes* (8 de diciembre de 1965).
- CONCILIO ECUMÉNICO VATICANO II, *Constitutio de Sacra Liturgia Sacrosanctum Concilium* (4 de diciembre de 1963) 122.
- JUAN PABLO II, *Alocución Ai partecipanti al Convegno di Studi* (2 de mayo de 1986), en: *Insegnamenti* IX/1 (1986) p. 1200 Juan Pablo II, *Alocución La ricchezza creativa dell'arte a servizio della convivenza umana* (26 de febrero de 1966), en: *Insegnamenti* IV (1966), p. 94-97.
- JUAN PABLO II, *Alocución Incontro con gli artisti e giornalisti. Mezzi, grandezza, responsabilità dell'arte e del giornalismo* (19 novembre 1980), en: *Insegnamenti* III/2 (1980) p. 1354-1364
- JUAN PABLO II, *Carta del Papa Juan Pablo II a los Artistas* (4 de abril de 1999).
- JUAN PABLO II, *Discurso a la I Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia* (12 octubre 1995), en: *L'Osservatore Romano*. Edición española (20 de octubre de 1995) p. 12.
- JUAN PABLO II, *Discurso a la III Asamblea Plenaria de la Pontificia Comisión para los Bienes Culturales de la Iglesia* (31 de marzo de 2000), en: *L'Osservatore Romano*. Edición española (7 de abril de 2000) p. 6.

PABLO VI, Alocución *Inaugurata la Collezione d'arte religiosa moderna nei Musei Vaticani* (23 de junio de 1973), en: *Insegnamenti* XI (1973) p. 645-650.

PABLO VI, Alocución *La nomina di nuovi cardinali spiegata ai fedeli* (24 de febrero de 1965), en: *Insegnamenti* III (1965) p. 869

PABLO VI, Alocución *La nomina di nuovi cardinali spiegata ai fedeli* (24 de febrero de 1965), en: *Insegnamenti* III (1965) p. 869

PABLO VI, Carta encíclica *Populorum Progressio* (30 de diciembre de 1967), 13: «Christi ecclesia, iam rerum humanarum peritissima».

PIO XII, Alocución *L'essenza, la missione, i pericoli della nobile e delicata arte drammatica* (26 de agosto de 1945), en: *Discorsi e Radiomessaggi* VII (1945-1946) p. 153-157.

RATZINGER J., *Mensaje al XXIII Meeting per l'amicizia fra i popoli*, Rimini, 21 de agosto de 2002.

TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 27, a. 1 ad 3.



JOSÉ LUIS ALONSO PONGA nació en Alcuetas-Villabraz (León) en 1951, es antropólogo, profesor Titular de Antropología de la Universidad de Valladolid y Director de la Cátedra de Estudios sobre la Tradición desde los inicios de su andadura. Es autor de numerosos artículos y ha participado en obras colectivas como autor y coordinador distinguiéndose en tareas de divulgación. Ha trabajado por el reconocimiento y el estudio de las tradiciones, del patrimonio cultural y en la defensa del mundo rural. Algunas de sus obras más difundidas son: *Historia Antigua y Medieval de la Comarca de Los Oteros*, *Tradiciones y costumbres de Castilla y León*, *Autos de Navidad en León y Castilla* (con J. Díaz), *Religiosidad Popular Navideña en Castilla y León: Manifestaciones de carácter dramático*, *La arquitectura Popular Leonesa*, *Los carros en la Agricultura de Castilla y León: Tecnología, Historia, Antropología, Rito y sociedad en las comunidades agrícolas y pastoriles de Castilla y León*, *La Semana Santa en la Tierra de Campos vallisoletana* (coord.), *Teoría y praxis de la Museografía Etnográfica* (coord. con J. Díaz y C. Piñel), *Gregorio Fernández: Antropología, historia y estética en el Barroco* (coord. con P. Panero), *Edificar con barro*, *Vox Dei ac vox populi. Le campane di San Pietro in Vaticano*, *Autos de Reyes en León y Castilla* (con J. Díaz), varias obras colectivas sobre Semana Santa, campanas, etc. Actualmente está concluyendo el volumen *Semana Santa en Bercianos de Aliste*, (UN) *Patrimonio Cultural Inmaterial de Europa*.

Numerosos colegas y amigos le homenajean en este volumen hacia el final de su carrera académica reconociendo su labor. Los textos abordan muchos de los temas recurrentes del profesor, de sus intereses y de su enfoque interdisciplinar partiendo del trabajo de campo y de archivo. Sin embargo, más allá de cualquier cuestión epistemológica su recorrido vivifica las Ciencias Sociales con las Humanidades. Revalida la cultura popular y su relación con la cultura oficial para pensar la tradición.

